

discursoboda.es

Señora oficial del Registro Civil, queridas familias Ruiz y López, amigas y amigos, gracias por acompañarnos hoy.

Soy el hermano gemelo de Javier, y por eso llevo toda la vida ensayando este momento sin saberlo: he compartido con él silencios, decisiones y esas miradas que solo entienden dos personas que nacieron con un minuto de diferencia.

Hoy no vengo a contar intimidades; vengo a dar testimonio, con serenidad y alegría, de lo que he visto en él, en Ana y en lo que juntos construyen desde hace diez años.

Recuerdo con nitidez el día en que Javier me habló de Ana por primera vez. No hubo grandes declaraciones. Me dijo, casi en voz baja, que en una clase de fotografía había conocido a alguien que miraba la luz de otra forma.

Él, metódico como es, me lo contó enumerando cosas concretas: cómo ella sostenía la cámara, la paciencia con la que esperaba que una sombra cayera en su sitio, el respeto con el que escuchaba. Y después, ya en Valencia, llegaron los paseos entre mercados, los colores de las frutas, el ruido amable de la gente, el atardecer lento en la playa cuando la arena aún retenía el calor del día.

No necesito adornos para decir que ahí empezó algo serio: dos personas aprendiendo a mirar el mundo, y a mirarse, con detalle.

De Ana escuché primero sus cualidades y después las vi yo mismo. Decidida sin ser brusca; sensible sin ser frágil; amante del arte con esa disciplina que sabe que la belleza no aparece por casualidad, se trabaja.

Recuerdo verla detenerse ante una fotografía y, en vez de contarnos lo evidente, señalarnos el borde, el pliegue, la sombra breve: esa forma tuya, Ana, de honrar lo que suele pasar desapercibido.

En Javier, en cambio, he visto toda la vida la constancia: el gusto por hacer las cosas bien aunque nadie mire, la honestidad que a veces complica el camino pero ordena la conciencia, y ese humor sutil que no busca el centro del

escenario, sino el gesto exacto en el momento preciso.

[Crea tu propio discurso personalizado en discursoboda.es](https://discursoboda.es)

Cuando se encontraron, no cambiaron de esencia: se afinaron. Ana le dio a Javier el permiso —y el empujón— para abrir una ventana más y dejar entrar otra luz. Él le ofreció a Ana un suelo firme para que su sensibilidad pudiera crecer sin miedo.

Ese equilibrio no se improvisa. Lo he observado en cosas pequeñas, que son las que sostienen las grandes: cómo se consultan antes de aceptar un compromiso, cómo organizan un viaje con mapa y, al mismo tiempo, dejan una tarde libre para perderse, cómo discuten suavemente hasta que la idea mejor —no la propia— queda en pie.

Como hermano, he sido testigo de los momentos en que Javier se ha equivocado. Y también de cómo aprende. Esa es, quizá, su mayor virtud: no repetir por orgullo aquello que ya no sirve. Cuando encontró a Ana, reconoció que algo valioso empezaba, y eligió cuidarlo. No de vez en cuando, sino todos los días, con un respeto que no hace ruido.

Ana, tú supiste ver ahí un compañero. Alguien que no compite por tener razón, sino por hacer las cosas con sentido. Alguien con quien se puede estar en silencio y que ese silencio cuente como conversación.

Valencia, con su luz franca y sus persianas abiertas, les regaló escenarios que a otros les pasarían de largo: mercados que huelen a naranjas y a pan recién hecho, pasos que crujen en las tablas de una sala de exposiciones, y un horizonte en la playa que, más que un final, parecía una promesa.

No hace falta idealizarlo: también hubo lluvia alguna tarde, una cámara que se quedó sin batería, una dirección mal apuntada. Sirvió para aprender que la belleza acepta contratiempos y que la vida compartida se reconoce, sobre todo, en cómo se atraviesan juntos las pequeñas incomodidades.

Si tuviera que nombrar lo que distingue a Ana y Javier como pareja, diría tres palabras que hoy se oyen poco y, sin embargo, sostienen casi todo: compromiso, paciencia y respeto.

Compromiso no como peso, sino como decisión libre de estar; paciencia no

como espera pasiva, sino como espacio para que el otro llegue a su tiempo; y respeto no solo en los acuerdos, sino —más difícil todavía— en las diferencias. Esa suma crea confianza, y la confianza, a su vez, permite el humor, el juego, el descanso. Permite, por ejemplo, que Javier planifique con su mapa de siempre y que Ana, desde el arte, proponga un desvío; y que el resultado sea mejor que cualquiera de los dos planes por separado.

A nuestras familias, gracias. A quienes han enseñado, con su esfuerzo, que la palabra dada se cumple, que el trabajo no compite con el cariño y que la alegría se celebra con mesura. Nada de lo que hoy somos —y digo somos, porque lo compartimos— sería posible sin esa escuela primera de la casa.

Los valores que sostienen a Ana y a Javier no nacieron de la nada: se aprendieron en la mesa, en la paciencia de las tardes largas, en el ejemplo discreto.

Quiero decir también algo sobre la honestidad de Javier, porque no siempre es cómoda, pero siempre es valiosa. He visto cómo nombra las cosas por su nombre, cómo pide perdón sin rodeos y cómo, cuando promete, se queda.

Ana, en tu sensibilidad hay una fuerza que admira y enseña. Rescatas la belleza de lo mínimo y la defiendes con argumentos.

Unidos, parecéis recordarnos que el amor no se grita para oírse mejor: se practica para ser entendido.

Hoy, en esta ceremonia civil, damos forma pública a algo que ustedes —vosotros— lleváis años viviendo con naturalidad. Firmar no convierte una emoción en una certeza, pero sí ordena una voluntad: la de elegir, cada mañana, un nosotros que no borra al yo ni al tú.

Esa es, creo, la sabiduría de amar con los pies en la tierra: entender que la vida en común no es una sucesión de momentos altos, sino una casa luminosa construida con gestos cotidianos. Poner un café sin preguntar. Apagar la luz última. Dejar el último trozo de pan. Esperar a que el otro termine una frase aunque ya sepamos el final. Reírse de un detalle ínfimo que solo dos personas comparten.

A vosotros dos, os deseo que esa casa siga abierta a la curiosidad que os unió: que sigáis mirando mercados con ojos de primera vez, que la playa —sea cual sea— conserve su horizonte de promesa, y que la fotografía, con su paciencia, os recuerde que la luz cambia y, sin embargo, regresa.

Antes de cerrar, quiero agradecer a las y los testigos que hoy acompañan este acto. Su presencia no es un trámite: es un compromiso compartido de acompañar, de recordar, de celebrar cuando toque y de sostener cuando haga falta.

Gracias por estar, por firmar, por decir con vuestro nombre que esta historia vale la pena.

Termino con una cita breve, más parecida a una brújula que a un adorno: “El compromiso es una decisión que se renueva cada día”. Que nunca falte esa decisión y que siempre sobre el espacio para que el otro florezca.

Gracias a todos por su presencia, y gracias, Ana y Javier, por recordarnos —con calma, con verdad— que el amor bien llevado se reconoce en lo concreto. Que así sea.

Este discurso fue creado con discursoboda.es. Responde algunas preguntas y genera tu propio discurso personalizado ahora en discursoboda.es

Crea tu propio discurso personalizado en discursoboda.es